

# Una mirada posmoderna históricamente constructivista \*

Por Hernán Dinamarca (escrito en 1997)

*"La única pregunta que en este Viaje hoy tiene sentido es: ¿podrá la humanidad moderna sobrevivir a sus propios poderes?"*

(Hernán Dinamarca -El viaje en el Uro-Urama)

## Introducción

- Primero, tengo la convicción intelectual que asistimos a una encrucijada histórica nunca antes vivida por la especie. El fin e inicio de siglo y de milenio coincide con una crisis de sustentabilidad de la vida humana en la Tierra. Y como respuesta a esa insustentabilidad, asistimos a una eventual bifurcación cultural, al menos en la historia de Occidente.

Precisamente, el experimentar esa encrucijada es la razón más profunda de que pensadores de las ciencias naturales, de las ciencias sociales, del arte y de diferentes tradiciones espirituales hoy estén hablando y escribiendo sobre un cambio épocal (1). Este cambio es un giro incierto en nuestro viaje.

Un viaje iniciado -si se quiere una escala muy corta- hace sólo unos quinientos años, cuando la humanidad moderna comenzó su auto-invencción en occidente; auto-inventándose radicalmente extrañada de la naturaleza, en una lógica de unilateral expansión y dominio hacia el resto de las culturas y de la Tierra.

O bien -si se quiere una escala más larga- un viaje iniciado hace un par de millones de años cuando un organismo vivo emergió al lenguaje y a una conciencia asombrada, a la cooperación y competencia, a los afectos y al conflicto, y a una vida sexual con una hembra en actitud biológicamente permanente.

O incluso -como lo indica la Astrofísica y la ciencia experimental más avanzada- un viaje iniciado con el Big Bang, en esa Bola de Fuego que expandiéndose comenzó su devenir hacia la complejidad: estamos hechos de polvo del Big Bang, pues los quarks desde el principio se asocian y forman protones y neutrones, más tarde estos formarán átomos, los que a su vez formarán moléculas simples, que a su vez compondrán moléculas más complejas u orgánicas, y después -al menos en nuestro planeta- estas formarán células, las células a organismos, y éstos poblaciones de organismos o ecosistemas. En nuestros cuerpos, junto a otros átomos, tenemos átomos de Hidrógeno que están repletos de energía proveniente de la Bola de Fuego.

En cualquier perspectiva que nos ubiquemos en este viaje, experimentamos una encrucijada y un cambio incierto. Si termina la época moderna, como lo afirman la mayoría de los científicos sociales (2), una vez que ha desplegado, tanto constructiva como destructivamente, su creatividad a escala planetaria; entonces qué vendrá. Si termina el período del cenozoico, como lo afirman geólogos y biólogos (3), luego de que durante 65 millones de años desplegó a la biósfera y a los mamíferos, entre ellos a nosotros, la misma especie que con su modo de vida y cultura material socava a los fundamentos de la auto regulación de la biósfera; entonces qué vendrá. Y si terminamos como especie auto aniquilándonos, justo ahora cuando arribamos a un conocimiento empírico del Universo como un evento energético único y de la red de la Vida como un continuum en la memoria y en el acto, en fin, arribamos a toda una sabiduría que nos re-enseña que estamos emparentados con todo lo que existe y que somos una conciencia asombrada con la belleza de las cosas, con el sufrimiento, con el misterio y con la complejidad; entonces qué vendrá.

Estas preguntas son las que resuenan en la actual encrucijada de este viaje. Afortunadamente no somos pocos quienes la estamos haciendo. Afortunadamente en nuestro presente como Historia emerge el deseo de reinventar lo humano y transitar quizás hacia qué nuevos designios.

- Segundo, también vivo en la actual experiencia emocional de vivenciar el sin sentido epocal. Una vez que se han derrumbado tantas certezas y valores comunes a una época histórica, hoy caminamos a la intemperie, muchos con anomia, stress, sentido de no pertenencia, agobiados y embotados en quehaceres hedonistas y en dolor; y otros impasibles en su soberbia y ajenos a su propia intimidad.

El escritor Lawrence Durrell, ya en la década del cincuenta de este siglo, en su maravillosa obra "El Cuarteto de Alejandría", sugirió en "Justine" -la primera de sus cuatro novelas- una intensa imagen para desnudar este estado

de ánimo: "Lo compadezco. Su corazón está reseco y sólo le han quedado los cinco sentidos como los fragmentos de un vaso roto". Muchos de nosotros hemos vivido en tantas experiencias interpersonales la emoción que tan bien describe Durrell. En el actual estado emocional de nuestro viaje, es la humanidad moderna la que vive con el corazón reseco, y aún tenemos a nuestros cinco sentidos, pero sólo como fragmentos de un alma rota. Entonces es una reacción muy humana el que nos auto compadezcamos. Es fuerte la imagen. Lo sé. Pero inevitable al pensar en las subjetividades más comunes en nuestra modernidad tardía.

De esa experiencia emocional, una vez más en la Historia humana, y paradójicamente del dolor, florecen los deseos de reencantar nuestras vidas, de recuperar el asombro y el misterio.

Es muy potente el ansia humana del Re-Ligare: re-ligarnos, vincularnos desde nuestra diferencia a la totalidad. Ese es el sentido último de toda experiencia de lo sagrado y que ha estado presente en todas las culturas. Hoy, es la ciencia occidental más evolucionada, el "Yoga de Occidente" -según la bella metáfora de Tomas Berry- (4), una de las vertientes de cuya profundidad emerge el agua capaz de contribuir a disolver nuestros desencantos.

El asombro ante el surgimiento de las partículas desde el vacío y ante la emergencia aún inexplicable del propio Universo desde el vacío. El misterio "amoroso" de las 4 fuerzas organizadoras que en el Universo todo lo atraen, lo atrapan, lo repelen y lo encantan. La incomprendible sincronicidad del movimiento de las partículas elementales en sus movimientos. La belleza de las "estrategias biológicas" de cooperación, simbiosis y competencias que realizó la Vida en el enredado proceso de los seres en su co-evolución. El increíble equilibrio entre expansión e integración en el Universo, entre el cambio y la conservación, para dar curso a los procesos tendientes hacia la complejidad. El profundo emparentamiento de todo lo que existe. La inasible e increíble memoria y creatividad de la red de la Vida: en el libro "La Más Bella Historia del Mundo", cuatro científicos asombrados resumen muy bien este misterio sobrecogedor: "Sí, sin duda, es la más bella historia del mundo, porque es la nuestra. La llevamos en lo más hondo de nosotros mismos: nuestro cuerpo esta compuesto por átomos del Universo; nuestras células encierran una porción del océano primitivo, la mayoría de nuestros genes es común con la de nuestros vecinos, los primates, nuestro cerebro posee los estratos de la evolución de la inteligencia, y, cuando se forma en el vientre materno, el hombre y la mujer rehace, aceleradamente, el recorrido de la evolución animal. Es la más bella historia del mundo. ¿Quién podría negarlo?"(5).

En fin, son todas intuiciones y conocimientos empíricos que, junto a adelantar en nuestro presente un giro en la sabiduría humana, nos alientan a

seguir viviendo como especie para asombrarnos aún más con lo que vendrá y a la vez nos revela un Re-Ligare neo-panteísta con la naturaleza.

“Si la “naturaleza” (el universo o la realidad) -se pregunta con cuidado y muy alegóricamente el astrofísico Hubert Reeves- tuvo la “intención” de engendrar seres conscientes, habría “hecho” exactamente lo que hizo...”, “...lo demuestran nuestras simulaciones matemáticas: si esas leyes fueran levemente distintas, el Universo jamás habría salido del caos inicial”.

Y ahora, somos estos seres conscientes quienes hacemos uso de la libertad de mirar y reconocernos en todo lo que existe. Emocionalmente entonces, nos re-preguntamos, desde esta nueva mirada, sobre el sentido del viaje y nuestro rol en él, y eso no es trivial, es profundamente grato, inquietante y vital. De la respuesta que demos devendrá el futuro de nuestro mundo, cuando este se dispone a vivir un rito -un tiempo- de paso histórico, o bien a congelarse, quizás tal vez en qué éxodo, junto a las estrellas que se prenden y apagan.

### **Un cambio de época histórica**

Ya es consenso entre los pensadores del devenir histórico, y entre los nuevos movimientos sociales y culturales, que en nuestro presente como Historia vivimos un cambio de época. Asistimos a un cambio en nuestra mirada del mundo. Eso es lo fundamental: pues cambiar la mirada es cambiar lo que vemos, lo que comprendemos, lo que concebimos, lo que conocemos y como actuamos en el mundo. “Todo conocer es hacer y todo hacer es conocer”, afirman Humberto Maturana y Francisco Varela en su teoría de la Autopoiesis y en su Biología del Conocer (6). En consecuencia, el proceso de cambio de mirada al que hoy asistimos en Occidente es un cambio de concepción de mundo tanto o más importante que el que vivió la humanidad en otras transiciones epocales: cuando surgen los monoteísmos, sincrónicamente alrededor del siglo VI antes de Cristo, o en la transición Edad Media-Tiempos Modernos a partir del siglo 15, por ejemplo.

Hoy, pese a la transitoria hegemonía del pensamiento único y soberbio de la modernidad definitivamente globalizada (pues, una invencible y totalizante campaña de marketing ideológico y político -ya sin la presencia fantasmal del también moderno comunismo- logró rebautizar al capitalismo como la Modernidad Realmente Existente); hoy, repito, pese a esa hegemonía, a las mentes más lúcidas y responsables de la especie les asiste la convicción y la intuición que la época moderna ya ha cumplido su anímus y su mirada en la Historia.

Muchos están convencidos que es reciente e inevitable el actual mundo global. Una Modernidad Realmente Existente saturada de mercancías, algunas

necesarias, las más suntuarias; borracha de productivismo pero ajena a la irónica extensión de la pobreza; dominada por empresas transnacionales que pautan el sobre consumo, los deseos y los afectos; animada de desencanto y hedonismo o bien de fanatismo e intolerancia; autoritaria y castigadora; ciega e irreflexiva, con la fe de un carbonero virtual, en su uso y abuso de la tecnología; experimentando irresponsablemente, como neo-aprendiz de brujo, con los complejos, largo y finos hilos de la biología y la co-evolución; dispuesta ahora a despegar ilusoriamente hacia los cielos, en una huida hacia adelante de su único hogar, tras los incendios con que ha inundado a la Tierra, luego de la expoliación de sus secretos; con tantos hombres y mujeres cansados y literalmente drogados con antidepresivos y estimulantes de toda laya. En suma, ese escenario de la modernidad parece reciente e inevitable. Pero no lo es. No es reciente. Ni es inevitable.

Digámoslo claramente. No es reciente -aunque algunos de sus signos extremos sí lo son- porque ese ha sido el élan y las conductas que animaron a la época moderna y su concepción de mundo desde hace más de tres siglos. El productivismo material; la confianza lineal en el progreso; la unilateral mirada de la razón instrumental; la maximización del lucro; la búsqueda del crecimiento económico industrial; la certeza de que la humanidad es unilateralmente egoísta; la intolerancia a la diversidad cultural, sexual, étnica y de género; la compulsión por el cambio por el cambio, en aras que todo lo sólido se desvanezca en el aire -según gustaba decir al último gran moderno que fue Carlos Marx-; son, entre otros, rasgos constitutivos de la época moderna y de la modernidad. Más bien, un observador histórico atento, debería afirmar que ese conjunto de valores y certezas son hijos de un paradigma ya viejo, el moderno occidental, que a finales del siglo 20 cumplió su vocación expansiva al globalizarse real y virtualmente.

Tampoco este mundo de la Modernidad Realmente Existente es inevitable. Desde hace algunas décadas ha emergido un nuevo ánimo, se auto-organiza una nueva concepción de mundo y se multiplican distintos comportamientos sociales e individuales en todas las dimensiones del quehacer humano; larvaria, creativamente, ya sea en lo valórico, en lo económico, en lo político, en lo cultural, y en la propia ciencia de Occidente que se ha encontrado con otras sabidurías para dialogar y así auto-cambiar. Los valores y concepción de mundo de la modernidad están siendo radicalmente cuestionados (y ese es precisamente el más profundo signo del actual cambio de época).

La humanidad hoy se ve enfrentada a una eventual autodestrucción, amenazada por varios "jinetes del apocalipsis". Ya sea por la crisis ecológica y ambiental, por la presión demográfica, por su capacidad de demiurgo para jugar con la energía nuclear, por la velocidad e inmediatez de las telecomunicaciones y por la experimentación biotecnológica. A su vez la emergencia de nuevas enfermedades físicas y síquicas -no pocas causadas por la propia cultura

moderna-, la presión social disruptiva de la enorme mayoría de pobres -"y neo bárbaros"- del sur sobre las riquezas del norte, el ostracismo miserable de continentes enteros, la (in) calidad de vida de las grandes megalópolis, son, entre otros, signos históricos inquietantes del agotamiento de una época.

En esta enumeración de conceptos y adjetivos metodológicamente no incluyo cifras, pese a que sé de su importancia para demostrar lo dicho; dejo esa tarea, ingrata y triste, al propio lector, que puede leer desde el Informe del Club de Roma en los años sesenta -elaborado por responsables científicos y pensadores de esos años por encargo de gobiernos y de prestigiosas instituciones- hasta los actuales informes estadísticos de instituciones como World Watch, el Programa para Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), junto a informes de los gobiernos de países europeos y de Estados Unidos que ilustran y comprueban con datos impresionantes el riesgo inmediato para la sobrevivencia de la especie humana, causado por ella misma con sus actividades económicas descontroladas y destructivas.

Esas cifras impactan con la desaparición de entre un 10 a un 40 por ciento de otras especies vertebradas (en especial aves y peces), la erosión, la contaminación de las aguas, los desechos químicos, el crecimiento demográfico, el cambio climático, los riesgos del comercio transgénico, la desaparición de la biodiversidad, la extensión de la pobreza y la desigualdad, la amenaza de la violencia y la delincuencia, el aumento del consumo de drogas letales, etcétera. No es trivial que en la última década, los gobiernos y la sociedad civil del mundo se han reunido en conferencias globales: La ecología y la biodiversidad, en Río de Janeiro; la sobrepoblación en El Cairo; la mujer en Beijing, la biotecnología y el comercio transgénico, en Bogotá; el cambio climático, en Tokio y Buenos Aires, entre otras reuniones mundiales que anuncian una preocupación afortunadamente creciente sobre el estado en que la modernidad deja al mundo. La especie humana hoy intenta planetariamente hacer frente a la destrucción del único hogar que tenemos.

Con ese estado de ánimo colectivo, no es casual que en las últimas dos décadas el cine de ciencia y socio-ficción de la industria del espectáculo se ha llenado de películas que tratan de la destrucción de la especie o de la sociedad tal como la hemos conocido. Los motivos han ido variando, así como la sutileza de la creación, pero igual ahí están desde la saga de "Mad Max", a finales de los setenta, que aludía a un mundo devastado pos guerra nuclear, con una humanidad viviendo en una violenta nueva Edad Media; pasando por "Blade Runner", en los ochenta, con su urbe de pesadilla, hacinada, con biotecnología, smog y lluvia ácida, en un mundo global controlado por empresas transnacionales, adelantando ya en esos años la locura de nuestro presente; hasta las últimas producciones como "Batman IV", "Armagedon" e "Impacto

Profundo", que nos consuelan con destrucciones por causas naturales, o bien emigrando al espacio en un escapismo infame una vez que hemos destruido la Tierra.

"Nuestro error -como gusta decir a Nicanor Parra- consistió en creer que la Tierra era nuestra, cuando la verdad de las cosas es que nosotros somos de la Tierra". Nuestro error consistió en creer que la expansión ilimitada e irracional de las fuerzas productivas creadas por la cultura humana, que no respeto las concordancias ecológicas entre las especies y los ecosistemas, podría trascender a las dinámicas de integración íntimamente presentes en las relaciones sociales y en la biósfera, y en las dinámicas de las poblaciones y ecosistemas.

Resultaron errados los cálculos y las proyecciones que hizo la razón instrumental. Claro que, también digámoslo claramente, los padres fundadores de la modernidad, humanamente carecían de la imaginación y de la experiencia para pre-verlos. Pero hoy, lo nuevo es que como humanidad tenemos los conocimientos y la experiencia para aprender de los errores de una época moderna que se ha mostrado tan prodigiosa en su capacidad de construcción y de destrucción.

El físico austro-norteamericano Fritjof Capra en su última obra "La Trama de la Vida" sintetiza el actual cambio de paradigma a que asistiríamos como humanidad occidental. "Vivimos una crisis de percepción... Nuestras instituciones económicas y sociales suscriben una percepción de la realidad inadecuada para tratar con nuestro superpoblado y globalmente interconectado planeta. Es necesario asumir una perspectiva sistémica, es decir, una mirada que, ante la crisis, aplique soluciones viables que resulten sostenibles". Lester Brown, del World Watch Institute, ha definido sencillamente "una sociedad sostenible como aquella capaz de satisfacer sus necesidades sin disminuir las oportunidades de las generaciones futuras". Precisamente todo lo contrario de lo que hemos hecho como sociedad moderna, cuando enceguecidos con nuestro crecimiento material, crecimiento demográfico y nuestro "progreso" estamos ad portas de clausurar la oportunidades de las generaciones venideras, además de autodañarnos nosotros.

El historiador de la ciencia Thomas Kuhn, en los años sesenta, creó la noción de paradigma científico (una constelación de conceptos, valores, técnicas, etcétera, compartidos por una comunidad científica) y demostró cómo "los distintos paradigmas se suceden tras rupturas discontinuas y revolucionarias llamadas cambios de paradigmas". Ya en los años veinte de este siglo, en la física cuántica como ciencia de frontera se inició un cambio de paradigma, que hoy alcanza a otros dominios de la ciencia, en especial la astrofísica, las matemáticas de la complejidad, la física no líneal y las ciencias de la Vida. En palabras de Capra, "consecuentemente ahora también asistimos a un cambio de

paradigma no sólo en la ciencia, sino también en el más amplio contexto social. Para analizar esta transformación cultural, he generalizado la definición de Kuhn del paradigma científico a la del paradigma social que describo como una constelación de conceptos, valores, percepciones y prácticas compartidas por una comunidad y que conforman una particular visión de la realidad que, a su vez, es la base del modo en que dicha comunidad se organiza" (7).

¿Cuál es el viejo paradigma social que ha dominado nuestra cultura moderna occidental desde hace ya por lo menos tres siglos e influenciado hoy al resto del mundo global que vive su propia modernización? Es un conjunto de ideas y valores: la visión del Universo como un sistema mecánico compuesto de piezas; la del cuerpo humano como una máquina; la de la vida en sociedad como una lucha competitiva por la existencia; la confianza en la capacidad de la razón instrumental y el trabajo humano para dominar a la naturaleza en su beneficio; la fe en el desarrollo económico productivo ilimitado como factor de progreso para la humanidad; la idea de la Historia como proceso líneal, que no mira atrás y que se hace a través del cambio por el cambio bajo la égida de la razón instrumental del sujeto que la construye; la separación del sujeto del objeto; la incoherencia de la Moral al escindirla en moral pública y privada, entre el decir y el hacer, entre fines y medios; la negación de la espiritualidad o bien su vivencia sólo como trascendencia; la lógica de la confrontación y la autoritaria no aceptación de la diferencia cultural; la convicción de que la mujer debe vivir sometida a a la cultura patriarcal.

Toda la época moderna en occidente se construyó sobre la base de las ideas y valores de ese paradigma social que hoy está siendo cuestionado en la vida misma por múltiples y diversos actores de carne y hueso. Han sido los propios resultados de ese paradigma (el conjunto de problemas mundiales que antes enumeramos) los que han activado las energías humanas en aras del cambio de paradigma y la supervivencia. La perentoriedad de este cambio se hace más intensa aún si consideramos que en el actual mundo global, todavía inspirado hegemónicamente en esas viejas ideas de la modernidad, la literal incorporación de miles de millones de asiáticos al modo de vida y de crecimiento material propio de occidente, podría significar un colapso ambiental global en pocos años. Pues, sí sólo en doscientos años -y en especial este siglo- el modo de vida occidental, circunscrito a los pocos cientos de millones de hombres y mujeres de Europa, Estados Unidos y algunas otras pocas regiones del planeta, nos ha llevado a la actual debacle ambiental, demográfica y social.

¿Qué podría entonces ocurrir ahora?, cuando además vivimos una aceleración incontrolable de la Historia: innovaciones tecnológicas cotidianamente aplicadas a la maximización de una producción desregulada, en un mercado global controlado por empresas transnacionales que continúan operando sólo para maximizar las ganancias e incentivan como una nueva

religión el sobre consumo. Estas son en general preguntas que la sociedad actual no se responde, preguntas que nuestros líderes esquivan; pese a ser las únicas preguntas con sentido de futuro y que reclaman imaginación colectiva y creatividad para la realización de las ineludibles respuestas sociales, económicas, políticas y culturales.

Afortunadamente algo está ocurriendo en la Historia.

### **Esos maravillosos años sesenta**

La erosión de ese viejo paradigma moderno, como hecho histórico, se inició socialmente en los años sesenta de este siglo. Fue ahí cuando una notable generación de hombres y mujeres, en todos los lugares del planeta, comenzó a enmendar el rumbo en nuestro Viaje.

A partir de los años sesenta comienzan a ocurrir cambios culturales que se insinúan como "marginalidades dinámicas", según la feliz expresión del filósofo francés Felix Guattari: movimientos sociales y culturales que surgen en las orillas del sistema social pero que tienden a expandirse hasta convertirse en nuevos modos de vida. Ahí se inauguró un movimiento cultural multiforme y diverso (contracultural en sus orígenes), que sin saberlo opera en Red: son individuos, ideas, colectivos, nuevos movimientos sociales, que, tal como ha ocurrido en otras transiciones epocales, se empiezan a encontrar sincrónicamente en la Historia y a cambiar en las bases el modo de vida humano.

Tal vez ni siquiera aún 40 años nos dan la perspectiva para sentir los ecos de esa década prodigiosa. Sin duda que ese es aún un capítulo abierto de la aventura humana.

Muchos analistas han destacado la derrota política de ese fértil movimiento cultural. Y es cierto. Las décadas de los 70 y 80, pese a sus diferencias, con su aureola conservadora inhibieron los sueños sesenteros. Tras esa derrota la imaginación fue acosada por el poder de la propia modernidad que era en última instancia la cuestionada. Más aún, no pocos de esa generación -tal vez los mejores- terminaron en cárceles o lisa y llanamente en el insondable silencio, y otros -tal vez los más- han sido los actores secundarios del cansancio posterior.

Sin embargo, esa es una mirada corta. Pues la Historia larga se mueve por cauces más profundos y complejos.

Hubo un elan, gestos, energía y sabiduría originada y desplegada en los sesenta, cuya herencia es una red de conversaciones que año a año y día a día, en este tiempo que nos ha tocado vivir, va ampliándose y seduciendo a más

personas, en especial a los jóvenes, inaugurando así un aún inimaginable cambio cultural.

Veamos. En los sesenta nació la sensibilidad ecológica. Poetas - beatniks-, hippies y científicos coincidieron en cuestionar la vorágine destructiva del ilimitado crecimiento industrial. La naturaleza volverá a ser mirada como el nicho obvio de los seres naturales y culturales que somos. El informe científico del Club de Roma y la Conferencia sobre el Medio Ambiente de Estocolmo nos hicieron el primer llamado de alerta ambiental y junto a ellos nació una conciencia ecológica global. De ahí en más emergió una nueva conversación: respetuosa, solidaria y serena.

En los sesenta, las mujeres reivindicaron con rabia su sino de ternura. Nace un movimiento cultural antipatriarcal. Las mujeres desnudaron su sexo, se sacaron los sostenes y los colgaron hacia el cielo. De ahí en más emergió una conversación culturalmente femenina que ha cambiado nuestra más cercana cotidianidad e incluso ha trastornado al patriarca que cada uno de nosotros lleva dentro.

En los sesenta, en todo un símbolo, los Beatles viajaron a Oriente a jugar con otra sabiduría milenaria. Llevaron a Cristo, a Descartes y a la fría razón instrumental y regresaron con Buda, con Tao y el desafío de la individuación y el cambio personal. De ahí en más, respetuosamente, la mirada de Occidente dialoga con la espiritualidad del Oriente.

En los sesenta, la ciencia pura y su asombrosa búsqueda de sabiduría transitó definitivamente, sobre la base de nuevas miradas y teorías científicas, hacia uno de esos cambios de paradigma en la ciencia que por esos mismos años describía Thomas Khun en su "Estructura de las Revoluciones Científicas". Se desarrolla la Cibernética y la Teoría de Sistemas. Surge la Física No Líneal y las Matemáticas de la Complejidad. En Biología la Teoría de la Autopoiesis para explicar la Vida. En las ciencias sociales y en la filosofía se expande la idea del "Fin de las ideologías modernas, ya sean liberales o marxistas, ambas de raíz ilustrada". Y en Astrofísica, en 1965 dos astrónomos norteamericanos, Arno Penzias y Richard Wilson, tuvieron el privilegio de observar empíricamente por primera vez un "misterioso resplandor milimétrico" que provenía de todas las direcciones del cielo: habían detectado "azarosamente" la "radiación fósil", la luz de la Bola de Fuego, que "ya las observaciones de Hubble, combinadas con la cosmología de Einstein, de Lemaitre y de Freidman" (8), imponían a los astrónomos sobre la existencia del Big Bang. Desde ahí somos la primera generación humana que mira el cielo nocturno y sabemos que ahí está la energía y la luz de los comienzos hoy conocidos del Universo. El Universo se expande, cambia y se autoorganiza hacia la complejidad, y nosotros somos parte de ese Viaje.

En los sesenta la amenaza nuclear inhibió los arrebatos guerreros. Y los pacifistas, a veces violentamente, nos sugirieron hacer el amor y no la guerra. La confrontación empezó a ceder el paso a la seducción -¡que importante!-. De ahí en más fue develada la absurda falacia, en estos tiempos tecnológicos, de que la guerra era sólo la continuación de la política por otros medios, cuando hoy la guerra sólo puede instaurar el imperio de la muerte global.

En los sesenta se redignificó la diversidad cultural. Martín Luther King bailó y pensó en movimiento con sus negros por las calles. Los pueblos indígenas reivindicaron su originalidad y el anticolonialismo empezó a mostrar la diversidad de rostros de los pueblos. De ahí en más en nuestras conversaciones lo diferente no siempre sería castigado.

En los sesenta hubo movimientos de liberación sexual entre los jóvenes heterosexuales que redescubrieron el cuerpo y la ternura, y los homosexuales empezaron a reconocer su sexo. De ahí en más en nuestras conversaciones re-emergen los cuerpos y lo diferente no siempre sería condenado.

En los sesenta, un hombre pisa la luna, de inmediato se da vuelta y, desde allá, redescubre a la Tierra como nuestro hogar. Así, la conciencia de una humanidad asombrada ante los televisores, se impregna de un sentimiento de pertenencia planetaria que nunca antes pudimos tener. Surge ahí la conciencia planetaria, el más potente signo cultural de la actual planetarización.

En los sesenta se crea la Red de Internet como una potente revolución comunicacional que nos enredará a todos, tal cuál si fuera un cerebro único, con sus grandezas y miserias. Es un sistema en red del código transgenético que es el lenguaje, operando a nivel planetario.

En los sesenta, la vida económica empieza a ser subvertida. Hombres y mujeres empiezan a cuestionar el valor del crecimiento económico ilimitado y la unilateral búsqueda de la ganancia y el lucro en interacciones competitivas, iniciándose la organización expansiva de redes cooperativas y asociativas sin fines de lucro en la sociedad civil. En la película símbolo de los años de la psicodelia, "Busco mi destino", hay una sugerente escena: en medio del desierto y a todo sol, una comunidad hippie planta cooperativamente una hortaliza, Dennis Hopper, incrédulo, se burla de ellos; en cambio, Peter Fonda, piensa distinto y le dice a su compañero de ruta: ¡Ellos lo lograrán!

En los sesenta, el paradigma económico industrial, frente a la inminente realidad de la informatización, constata que su leit motiv de hombres y mujeres trabajando para producir, será subvertido definitivamente por el desplazamiento radical e irreversible de la mano de obra e incluso de la mente humana de los procesos productivos y de servicios, a diferencia de la transitoriedad de

desplazamientos anteriores ocurridos al incorporar tecnología a la agricultura y a la industria (9). El uso creciente de máquinas automatizadas en los servicios y en cualquier actividad económica, pre-anunciaba ya el actual drama del desempleo y el "Fin del Trabajo" socialmente organizado que hasta esa década habíamos conocido. De ahí en más la organización económica espera ser re-organizada.

Esos, entre otros, fueron los signos y los gritos ocultos de los sesenta. Cuando los jóvenes y movimientos estudiantiles, junto a artistas, intelectuales y científicos, se tomaban las calles, en muchos de ellos latían levemente las inspiraciones de esas sensibilidades.

¿Por qué se co-inspiraban esas sensibilidades? ¿Qué significaban esos signos? Tal vez, la búsqueda de una respuesta será uno de los secretos que la humanidad querrá develar en el devenir del mañana. Históricamente, hoy sólo cabe especular que en esa década, más allá de la precedente genialidad intuitiva de Nietzsche, Heidegger y otros pensadores, muchos individuos empiezan a diagnosticar la posibilidad de una autodestrucción de la especie ante los inquietantes signos vitales que comienza a presentar la Tierra. El cineasta Stanley Kubrick, en una entrevista dada a la revista Playboy en 1968, resumía esta sensibilidad al decir: "A mi modo de ver, la única inmoralidad es la que pone en peligro a la especie humana, y el único mal absoluto, es la amenaza de su aniquilación".

¿Y es que acaso hoy, cuarenta años después, esos emergentes gestos culturales han sido olvidados? No lo han sido. Es un hecho que las profundas huellas heredadas de esas sensibilidades hoy seducen cada vez a más personas. Esas "marginalidades dinámicas", a diferencia de las marginalidades estáticas (expresiones subterráneas, en general negadoras de lo social o antisociales), una vez que surgen en espacios alternativos y contraculturales tienden dinámicamente y en procesos de larga duración a consolidarse como sensibilidades culturales mayoritarias. Y este es el caso de los movimientos contraculturales de los años sesenta: ecologistas, pacifistas, movimientos de mujeres anti patriarcales, y la búsqueda de individuación y desarrollo personal, que hoy se han extendido socialmente.

Los cambios culturales que explosionaron en los años sesenta fueron de tal envergadura cualitativa y paradigmática, que sugieren que vivimos en la vorágine inicial de una transición epocal de dimensiones aún insospechadas -e inciertas- y cuyo proceso histórico será largo e intenso.

## **El nuevo paradigma social**

Sobre la base de esas sensibilidades y realidades emergentes, en un proceso, se empieza a construir un nuevo paradigma social en una pos-modernidad

históricamente constructivista que critica y supera al viejo paradigma social de la modernidad.

- Hoy el nuevo paradigma en las ciencias es el de Red. Ya ningún científico serio postula "un Universo mecánico compuesto por piezas", aunque todavía muchos aplican sus conocimientos como si este lo fuera. Hoy sabemos que el Universo es un evento energético único, una totalidad en proceso y acto, cuyas partes se mueven interconectadas co-derivando hacia la complejidad. Las partículas elementales, los átomos, el vacío, las moléculas, las células, las galaxias, las estrellas, los planetas, todos son parte de una danza cósmica.

- Lo mismo el cuerpo humano. Ya éste no es más "una máquina" para ser descompuesta y "arreglada" por partes, sino que los biólogos sistémicos hoy reconocen un sistema auto-organizador y auto-regulador, un organismo total cuyas partes existen para él. Todos los órganos -y cada uno de los subsistemas orgánicos- se unifican en una sola red que es el sistema vivo. Cada organismo es un proceso de cognición-acción. Esta nueva comprensión de la Vida y del cuerpo humano abre perspectivas sorprendentes en la salud y en la medicina, innovándose cada vez más con nuevas terapias y procesos de diálogo, complementación y aprendizajes mutuos entre las tradiciones de la medicina alópata de occidente y medicinas de oriente e indígenas.

- La actual visión sistémica de la evolución ha superado al darwinismo y neodarwinismo. Esa mirada científica moderna reducía "la evolución a la adaptación competitiva y adaptativa de los organismos al entorno". En cambio, según James Lovelock, uno de los autores de la actual Teoría científica Gaia, "tan íntimamente vinculada está la evolución de los organismos vivos con la evolución de su entorno, que juntos constituyen un único proceso evolutivo. De este modo, nuestra atención se está desplazando de la evolución a la co-evolución; una continua danza que se desarrolla a través de la sutil interacción entre competición y cooperación, creación y adaptación mutua" (10).

Esta nueva comprensión co-evolutiva cuestiona al paradigma moderno que considera a "la vida en sociedad como una unilateral lucha competitiva por la existencia". Más bien, esa mirada fue una singular creación cultural de la modernidad. Ya que ésta, inspirada en la sobre valoración del egoísmo como valor humano -de Hobbes- y en el parcial concepto de evolución -de Darwin-, asumió como un valor absoluto y como el único modo de vida a la competencia, desconociendo las estrategias cooperativas en el devenir de las moléculas orgánicas, las células y los organismos. Estos, organizándose en poblaciones y ecosistemas, de esa manera siempre han co-evolucionado.

- En el presente es consenso entre los pensadores de la cultura que la crisis ecológica de sustentabilidad de la vida humana en la biósfera, ha puesto en

profunda entredicho al antiguo paradigma moderno que postula "la capacidad de la razón y el trabajo humano para dominar a la naturaleza en su beneficio". Ahora, ninguna persona con sentido de responsabilidad se mira a si mismo en oposición a la naturaleza, ni menos considera a esta como objeto de nuestro soberbio y unilateral beneficio. Ya no es así. Hoy por fin empezamos a reasumir nuestra interdependencia vital en tanto seres que somos un organismo vivo más que co-deriva naturalmente en esa red que es la biosfera.

- Asimismo, el paradigma del "progreso económico productivo" ilimitado hoy cada vez más aparece como una locura colectiva que sólo nos podrá generar destrucción y desesperanza. Nuestra lógica económica basada en el lucro inmediato y el sobre consumo, ambos satisfechos por una tecno-estructura productiva eficientísima y depredadora, se nos han vuelto una real amenaza y, tal cual si fuéramos aprendices de brujo, "el progreso" nos tiene al borde del despeñadero. Ahora sabemos que la biósfera es un sistema cerrado que no tolera el accionar al infinito de un sistema abierto como lo es la economía maximizadora de la riqueza material.

- Una de las ideas más poderosa y peligrosa de la época moderna es su comprensión de "la Historia como proceso líneal, que no mira atrás, y que se hace a través del cambio por el cambio bajo la égida de la razón del sujeto constructor de la Historia". De esta idea nació la compulsión moderna a "desvanecer todo lo sólido en el aire", llevándonos hoy, paradójicamente, a una eventual disolución de nosotros mismos como especie.

El espíritu moderno nada conserva, todo lo desecha. La Historia corre hacia adelante, sin memoria, salvo cuando queremos instrumentalizar la memoria desde la razón con el objetivo pragmático de rehacer la Historia a imagen y semejanza de lo que soberbiamente deseamos. Hemos vivido en "el delgadísimo filo del presente" y mirando sólo expansivamente el futuro. La comprensión moderna de la Historia nos convenció de que "lo único que les interesaba a nuestros antepasados era ser como nosotros y que fracasaron en su intento.."; "...¿Qué ocurriría si el mundo vegetal tratará de imitarnos y pensará que las creaciones y las costumbres de sus antepasados son algo obsoleto, superado, que no vale la pena recordar?", se pregunta el astrofísico Brian Swimme (11). Si así ocurriera -se responde- "seguramente mirarían en menos a las plantas más primitivas y su fotosíntesis, ignorando la increíble proeza que las llevó a aprovechar la luz del sol y que sigue siendo válida... si las plantas nos imitarán, todos los seres vivos del planeta desapareceríamos en una semana".

Esa comprensión moderna de la Historia como un proceso líneal y cuyo único valor es el cambio por el cambio, sin duda, es la que nos ha llevado a la cultura del desecho, de la no conservación, e incluso, en última instancia es la que, junto a la racionalidad económica productivista y maximizadora de las

ganancias, nos ha llevado al actual sobre consumo en la vida cotidiana.

Afortunadamente, hoy empezamos a comprender que la Historia es intrínsecamente memoria y creación, es cambio y conservación. La Historia es, a la vez, flecha en el tiempo y ciclos. En esta nueva comprensión de la Historia humana se encuentran los fundamentos de una nueva actitud que creativamente a la vez despliegue el cambio y la conservación en aras de la continuidad de la vida. Hoy lo innovador es el cambio creativo y la conservación en el devenir interactivo de pasado -memoria-, presente -acto- y futuro -un proyecto que nace de atrás-.

- También los más relevantes científicos naturales contemporáneos reconocen explícitamente que no hay verdades descubiertas por la razón omnipotente del sujeto (un adentro) que observa a la Realidad (que esta afuera), sino que existe una interacción compleja entre sujeto y objeto. Que el acto de conocer es una circularidad propia de la sinapsis cibernética (un vínculo físico y en red) entre individuo y medio. Así superan a Descartes "con su oposición de Sujeto-Objeto" y arriban a una asombrosa y serena conciencia holística: la naturaleza no esta ahí para dominarla en nuestro beneficio, pues nosotros también somos naturaleza y al querer dominarla, soberbia y ciegamente, a la vez la destruimos y nos autodestruimos.

De esa manera, desde la nueva ciencia, se sientan las bases más potentes para la emergencia de una nueva concepción de mundo: una concepción biocéntrica -o antropocentrismo radical- que supera a un antropocentrismo simple e instrumental. O, dicho en palabras del neurofisiólogo Francisco Varela, asistimos a un fundamental giro ontológico como especie: de un "estar en el mundo" pasamos a comprender que "constituimos el mundo". No estamos en el mundo, somos el mundo. Vivimos enredados en y con el mundo

- Otro valor fundamental del viejo paradigma moderno ha sido la incoherencia Moral. Quiero inmediatamente aclarar que no me refiero aquí a la ambigüedad, que es un rasgo tan humano en tanto no somos idealidades absolutas ni planas, sino que devenires vivos que nos autocreamos en íntima tensión. No, me refiero a la moderna escisión entre moral pública y privada, entre el decir y el hacer, entre fines y medios.

Estas incoherencias morales no son un rasgo constitutivo de la especie - hay culturas humanas, incluso vivas, que son completamente distintas-, sino que han sido una institucionalización valórica que viene de los inicios de la época moderna. Primero, el mismo Hobbes, destacando sólo el lado egoísta del ser en su proceso de individualización, sentenció que "la manada de lobos" con sus vicios privados debía ser "domesticada" por las Virtud Pública del Estado. De esa escisión fundante, más tarde el insigne autor político moderno Maquiavello

desprendería su convicción de que "el fin justifica los medios", que el poder es para ejercerlo a través de cualquier medio en función de cualquiera sean los fines, sin que haya necesariamente correspondencia moral entre ellos, salvo la que exige la práctica para la reproducción del poder y la consolidación de la fuerza del más fuerte.

De esas escisiones valóricas nace la lógica moderna en prácticamente todas las relaciones interpersonales: las que giran en torno a pienso, digo y hago como "legítimas" acciones distintas, que rara vez se encuentran entre sí coherentemente. De esas escisiones morales surge como un signo extremo la desconfianza recíproca implícita en nuestras conversaciones, causa última de tanto dolor y esquizofrenia corporal, síquica y afectiva. Y lleva incluso a que la palabra, lo único nuestro, tienda a perder sentido, convirtiéndose en un virtual silencio o en un equívoco objeto de uso tras inconfesados fines. La palabra ha perdido así su fértil y rica ambigüedad, convirtiéndose en pura instrumentalización.

De ahí entonces que la más profunda crítica ética a la modernidad es la que propone una nueva ética posmoderna basada en la Moral de la Coherencia: una búsqueda personal tras alcanzar el ser como soy, en un proceso constante de desarrollo espiritual; tras unificar el decir y el hacer; tras una moral de la honestidad y la responsabilidad; tras una comprensión de la real e inevitable correspondencia interactiva entre fines y medios; tras la unificación de nuestros actos, gestos y pensamientos en el espacio privado y el público. Si el vivir es cognición y acción simultáneamente, resulta obvio que la expresión de ese vivir en lo cotidiano -que es la única expresión de la moral- debe aspirar a la coherencia.

- Otro inquietante signo valórico del paradigma social moderno ha sido la negación de la espiritualidad -e incluso de la emociones- o bien su vivencia sólo como trascendencia.

El Re-ligare del sujeto al mundo o se ha inhibido en un desencantamiento constante, o bien se ha satisfecho con una trascendencia personal hacia un "encuentro" con un Dios del más allá y personalizado. A su vez las emociones, o se han negado ante la supremacía fría de la razón, o bien se han querido ver sólo como simples emociones (in) trascendentes.

El mundo moderno ha sido un mundo sin inmanencia. Se ha negado la inmanencia o un Re-ligare de lo humano con todo lo existente, en la que todas las cosas del mundo eran la morada sagrada, y se ha negado la inmanencia de las emociones en cualquier comportamiento humano.

Pero hoy, en cambio, también en la experiencia espiritual empezamos a

vivir un giro copernicano. Comenzamos a re-experienciar que las emociones son hermosas, que lo pequeño -y no sólo la gran "tarea racional"- es hermoso. Que el Neo-panteísmo, como vivencia espiritual, es un Re-ligare de la humanidad a su morada natural, y en su inmanencia esa morada lleva lo sagrado y el misterio que cada uno de nosotros a la vez somos. De ahí entonces la actual pérdida de espacio de las grandes religiones institucionales y trascendentes y el correlativo aumento de neo-espiritualidades como vivencias personales, íntimas, no institucionales.

Esta nueva realidad espiritual desconcierta a las religiones institucionales. Por ejemplo, el sacerdote católico José Miguel Ibañez Langlois, comentando lo que él llama una de las epopeyas literarias creadas en nuestro siglo, "El Señor de los Anillos" de J.R.R. Tolkien, se expresa admirado y desconcertado por un diálogo suyo con un "sagaz joven universitario inmerso en el clima intelectual y afectivo del New Age (12)". Langlois, reconociendo la polivalencia de la obra, hace una lectura católica de la misma, pero se sorprende del hecho que al sagaz joven la novela "le haya colmado las expectativas desde el punto de vista exacto del Age of Aquarius (que no es precisamente el Evangelio). El sentido "élfico" de la naturaleza, la mentalidad ecológica, la sacralidad difusa del cosmos, la magia entre mental y telúrica, la ausencia de religión visible, la lucha entre el Bien y el Mal como entre el lado oscuro y el lado luminoso de "la Fuerza", a la manera de la "Guerra de las Galaxias"...: sobre esas y otras bases defendía él su lectura de Tolkien, que no había sido en absoluto superficial". He reproducido esta cita, porque revela en algo tan cotidiano como una lectura -la que a la vez crea un mundo- este giro espiritual. Quiérase o no, sorprenda o no, al señor Langlois y a la Iglesia Católica, ese giro está ocurriendo entre muchos jóvenes de nuestras sociedades occidentales.

Todos hoy sabemos que el desarrollo personal en la vida cotidiana, el sentido espiritual, la calidad de vida y las neoreligiones, son importantes para re-encantarnos y enfrentar el creciente malestar de la cultura. Por eso, en las últimas décadas Tao, Buda y el misterio de las cosmologías indígenas originarias han venido a Occidente para quedarse y dialogar con Descartes. Y viceversa. Ya a mediados de este siglo Heidegger poéticamente había intuido este cambio teológico: "vivimos en un momento situado entre los diosesidos y el Dios que va a venir".

- La época moderna también llevó al paroxismo "la lógica de la confrontación y la autoritaria no aceptación de la diferencia". El Occidente moderno se construyó expandiéndose y dejando tras de sí el dolor -y no pocas veces la destrucción- de tantas culturas diferentes: ahí está la sumisión de los indígenas de América; el desarraigo y lamento infinito de los negros de África traficados y expoliados; el sentimiento de revancha de los asiáticos. En su propio seno el Occidente moderno persiguió y encerró a los locos, a las brujas, a los homosexuales, a los

cabalistas, a los alquimistas, a cualquiera que mirara más allá de los estrechos senderos de su omnipotente razón.

Sin embargo, también en las últimas tres décadas de este siglo, la racionalidad totalitaria del Estado o del mercado, inspirada siempre en el supuesto interés general, se desacreditó como consecuencia de su mano intolerante y de tantos crímenes físicos y morales cometidos en su nombre: ahí están los colonialismos, los fascismos, los comunismos, nuestras criollas dictaduras neoliberales y las "democracias protegidas" para recordarlo. Por eso hoy es una convicción entre los nuevos movimientos sociales -feministas, ecologistas, étnicos, entre otros- que un valor humano fundamental es el respeto a la diversidad cultural, étnica, etárea y sexual, y que la construcción social es resultado de la seducción y de la negociación, más que del conflicto en sí y de la exclusión. La legitimidad del otro, y no la simple y tantas veces incumplida tolerancia política, hoy se nos revela como un nuevo valor fundamental.

- La convicción de que la mujer debe vivir sometida a la cultura patriarcal fue una rémora social y afectiva presente hasta mediados de siglo en el occidente moderno. Recién las mujeres han iniciado la más intensa revolución cultural de la vida cotidiana, asumiéndose ellas mismas como iguales y diferentes, enseñándonos a los machos a vivir el sexo, el placer y la ternura.

La antropóloga Riane Eisler, entre otras autoras, ha re-investigado en forma notable a la prehistoria humana, indagando y resignificando sociedades precedentes que crearon culturas matrísticas en la que hombres y mujeres se miraron a los ojos. Con esta importante investigación, que recupera eslabones culturales olvidados de nuestro pasado humano, éstas mujeres atizan el fuego del cambio relacional entre los géneros.

- Por último, la planetarización actual, experienciada como salto de conciencia de la especie, será una nueva realidad histórica, hija de la fusión cultural y de la diversidad (si es que somos capaces de imprimir otro carácter a la actualmente hegemónica globalización).

Todo este cambio del paradigma social, desde la modernidad a la posmodernidad como construcción histórica, es simplemente una revolución ética intra-especie: comenzamos a asumir que la ética del futuro será la Ética de la Coherencia y de la Diversidad, y así simplemente re-inventamos lo humano.

En este actual proceso de cambio de paradigma social "hay una sorprendente conexión entre los cambios de pensamiento y de valores. Ambos pueden ser contemplados como cambios desde la asertividad a la integración. Ambas tendencias -la asertiva y la integrativa- son aspectos esenciales de todos los sistemas vivos. Ninguna es intrínsecamente buena o mala. Lo saludable es un

equilibrio dinámico entre ambas y lo insalubre es su desequilibrio, enfatizar desproporcionadamente una en detrimento de la otra” (13). Y precisamente esta desproporción hacia la asertividad es la que ha caracterizado al paradigma social de la modernidad. Por lo mismo, el sentido último del actual cambio de paradigma, su desafío, es recuperar lo integrativo y abrir en la vida cotidiana, en los pensamientos y en los valores, un equilibrio creativo entre ambas tendencias.

Capra ha elaborado un interesante esquema comparativo de ambas tendencias. En el Pensamiento: lo asertivo es lo racional, lo integrativo es lo intuitivo; lo asertivo es lo analítico, lo integrativo es lo sintético; lo asertivo es lo reduccionista, lo integrativo es lo holístico; y lo asertivo es lo líneal y lo integrativo es lo no-líneal. Mientras que en los Valores: lo asertivo es la expansión y lo integrativo es la conservación; lo asertivo es la competición y lo integrativo es la cooperación; lo asertivo es la cantidad y lo integrativo es la calidad; y lo asertivo es la dominación y lo integrativo es la asociación.

Reflexionar sobre estas distintas maneras de pensar y estos valores nos abre un mundo de posibilidades creativas para re-inventar lo humano. Por ejemplo, las sociedades modernas valoran unilateralmente la expansión, la competición, la cantidad y la dominación (todos además valores patriarcales). De ahí que el poder se entiende unilateralmente como dominio sobre los otros. La estructura social en que ese poder se ejerce con mayor eficacia es la jerarquía. Todas las relaciones y organizaciones sociales de la modernidad se han ordenado jerárquicamente. Recién ahora, el nuevo paradigma asume el poder desde una mirada integrativa: como influencia y seducción sobre otros, la que sólo es posible, honesta y constante, a través de un empoderamiento del propio ser. La nueva estructura no es la jerarquía, sino que las redes asociativas entre individuos empoderados y que se influyen y se escuchan mutuamente.

En nuestro presente como Historia, poco a poco pero expansivamente, cada vez las generaciones jóvenes -y los viejos sabios- comienzan a asumir estos nuevos valores culturales y a movilizarse en pos de los mismos. Ahí tenemos a los movimientos ecologistas, de mujeres, de indígenas, de minorías sexuales, a intelectuales, a movimientos juveniles, a movimientos de nuevas espiritualidades, a sectores de partidos políticos tradicionales y a líderes de todo tipo de asociaciones de la sociedad civil (desde la salud y terapéuticas hasta económicas). Todos ellos empiezan a compartir estas nuevas sensibilidades y participan de una crítica vital a los principios que fundaron y aún sustentan a la modernidad. Todos articulados en una Red invisible co-inspirada por una sensibilidad que, aunque informe, es compartida; y a la vez nacen nuevas redes internacionales, regionales y locales de personas que empiezan a compartir esta crítica -la mayor parte de la veces sin siquiera saberlo- al paradigma social moderno.

Cada vez más en los medios de comunicación y en los procesos educativos, no asertivamente, pero si integrativamente, se incorporan estos nuevos contenidos y valores. El estudio del Medio Ambiente, la Ecología, el respeto a la diversidad cultural y sexual, la igualdad de géneros, aparecen como temas que se incorporan poco a poco en los procesos de socialización.

En la vida económica, en Europa, Estados Unidos, América y Asia, crece el asociacionismo económico productivo o de servicios en la sociedad civil (al respecto, el economista norteamericano Jeremy Rifkin, en su obra "El Fin del Trabajo" (14), informa estadísticamente sobre este cambio económico, que surge como una respuesta social, económica y afectiva al "Horror Económico" del desempleo que tan bien documentó Vivian Forrester en su obra homónima).

El movimiento de este cambio es tan complejo, y ambiguo, que instituciones paradigmáticas de la propia Modernidad Realmente Existente, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, destinan recursos, en especial en Asia, para que la base energética de su proceso de conversión productiva se realice sobre nuevas fuentes de energía renovable. También algunos líderes políticos, intelectuales y empresariales de Europa y de Estados Unidos, en las conferencias mundiales sobre cambio climático, biodiversidad, demografía, impulsan medidas en pro de la sustentabilidad. Y también en sus países se plantean metas hacia la conversión energética y productiva en aras de la sustentabilidad.

En fin, si todo este cambio de paradigma social, expresado en un movimiento histórico diverso y multiforme, no es una revolución copernicana ni un movimiento cultural tan potente como en su tiempo lo fue el Renacimiento y la Ilustración que ayer instituyó a la modernidad, ¿qué es entonces?

### **El actual reordenamiento del conflicto social**

Esa sensibilidad crítica, portadora de nuevos paradigmas y emergente en los años sesenta, ha venido siendo cuestionada por los modernos del presente.

La ideología de la Modernidad Realmente Existente (la que incluso ahora en nada recuerda a los más potentes sueños de la época moderna, aquellos que la antropóloga Riane Eisler denomina la cara solidaria que también traía la modernidad a través de sus movimientos en pro de los derechos humanos, la autonomía del sujeto y la igualdad social y entre los géneros), es la que hoy justifica con pragmatismo interesado a una época ya antigua. Pues, no soslayemos que los principios y valores fundamentales del paradigma social de la modernidad hoy son un lugar común apropiado por la actual actitud sustentadora del status quo, sea de origen de izquierdas o derechas modernas (tal vez por eso el creciente desprestigio de izquierdas y derechas entendidas a

la manera tradicional).

Esa nominación espacial, izquierdas y derechas, para expresar lo que siempre han sido distintas actitudes vitales ante la Historia, surgió en el inicio político de la modernidad, con la Revolución Francesa. Fue ahí cuando el azar sentó en los asientos de la izquierda de la Asamblea de los Estados Generales a quienes querían cambiar el mundo e instaurar la democracia política, el progreso económico, la libertad y la igualdad jurídica y algunos ya incluso la igualdad social, mientras que a la derecha lo hicieron los conservadores de lo establecido: quienes querían conservar a las monarquías absolutas, los privilegios sociales y la libertad para unos y la no libertad para muchos como un estado "natural" y realmente existente. Al lado izquierdo, los liberales y ya algunos pre-socialistas, y al lado derecho, los conservadores del status quo.

Una vez que se fue consolidando el paradigma moderno en los siglos 18 y 19, liberales y socialistas inician un largo y violento conflicto bipolar - expresado en totalitarismos de toda laya- por dirimir la administración de la modernización y de la industrialización (conflicto sólo atenuado, aunque desconfiadamente, por la amenaza común que significó ese desmadre totalitario que fue el nazismo). Con pavor o impávidos, viviendo en ese drama y conflicto, como humanidad se nos fue este siglo.

Hasta que hoy, tras la caída de los socialismos reales, sabemos que en rigor el liberalismo y el socialismo fueron los hermanos rivales de la modernidad. Ambas ideologías, más allá de sus diferencias de énfasis, ya sea hacia la igualdad o hacia la libertad, hacia más o menos democracia política, hacia un mercado desregulado o un mercado planificado, fueron ideologías que nacen y se constituyen en la época moderna, y en tanto tales compartieron el paradigma, concepción de mundo o imaginario fundamental de esa época. Voltaire, Smith y Marx, en sus diferencias, compartieron el mismo espíritu: la certeza de una razón ilustrada que podía ordenar la Historia a su imagen y semejanza tras la búsqueda de la igualdad o de la libertad; la fe teleológica en el progreso económico y productivo; y la confianza en una humanidad dotada de una racionalidad instrumental y alienada de su primigenia condición natural, la que, a través de la ciencia instrumental, el trabajo y la técnica, podría dominar y controlar a la naturaleza en su beneficio.

Una vez dirimido el conflicto de administración social a favor del modelo liberal -modelo también inspirado por la "esquizofrenia de la modernidad", que dice una cosa y hace otra en función de intereses pragmáticos-, ha emergido la ahora global Modernidad Realmente Existente. Así ha quedado el campo histórico despejado para el despliegue de las energías humanas en pos del cambio cultural iniciado en los años sesenta. Como vimos es este nuevo paradigma social el que pone en radical tela de juicio a los fundamentos de los valores y

concepción de mundo del paradigma moderno.

Por vivir tan inmersos en este giro histórico nos ha tocado conocer el actual desencanto de las ideologías tradicionales, la pérdida de brújula histórica - en izquierdas y derechas-, la ausencia de sueños de las últimas décadas o el hecho cierto de que el occidente moderno ya no dice nada a nadie sobre el futuro, salvo la invitación inmediata a desesperarse en el sobre consumo a los que puedan y a desesperarse en la carencia a los que no.

A la Modernidad Realmente Existente sólo le queda el actual fundamentalismo económico neoliberal y el incoherente fundamentalismo moral conservador, ambos carentes de sueños seductores, cabalgando irresponsablemente hacia el abismo, y en cuyas raíces subyacen los peores excesos de la modernidad: la injusticia de una mano invisible no regulada y el autoritarismo valórico característico del hombre moderno occidental.

### **La modernidad como época histórica**

Para evitar equívocos, es pertinente un pequeño comentario. La crítica cultural al paradigma moderno y la emergencia de un nuevo paradigma social, es un proceso histórico. No es un antojo de intelectuales. La época moderna, como cualquier otro período histórico, termina paradójicamente agotada por sus propias creaciones, siendo hoy pertinente y necesaria su crítica política.

A la hora de un balance de época resuenan sus signos destructivos y constructivos. Un portento creativo en la ciencia, la tecnología, la mejoría de la salud humana, la capacidad productiva y a la vez un exceso destructivo causado por esos propios "demonios" interiores: destrucción ambiental, destrucción de otras culturas, destrucción de otras especies, comparativamente la mayor desigualdad conciente entre riqueza y miseria que se haya visto en la historia humana y nuevas enfermedades síquicas y físicas.

Una promesa de autonomía del sujeto y de libertad, de fraternidad y cooperación, de participación y equidad, y a la vez la instauración de nuevas dependencias del sujeto -por ejemplo, al Estado-nación tantas veces totalitario, al "Dios" dinero y a la "religión del consumo-, de competitividad y de insanía afectiva expresada en el malestar de la cultura.

La época moderna fue ambigua -"esquizofrénica" he escrito en otras páginas, radicalizando mi descripción-. Toda cultura lo ha sido, pero ésta institucionalizó la ambigüedad.

En mi reflexión hasta ahora he destacado su errónea, por lo unilateral, comprensión de los procesos de la vida y de lo humano. Pero ahora quiero relevar la energía de los hombres y mujeres que la crearon: sus deseos, en su

momento fundacional, por impulsar a la especie hacia nuevos sentidos históricos en nuestro Viaje. Ahora, la época se ha agotado, es cierto; pero heredamos su vocación de libertad; su lado cooperador en tanto impulsora de los derechos humanos de primera -políticos- y segunda -económico-sociales- generación; heredamos su sueño democrático.

En su crítica al antiguo paradigma moderno, el nuevo paradigma social presupone la recuperación de lo mejor de la modernidad y de la racionalidad ilustrada - la confianza en el ser humano y la convicción de libertad, igualdad y fraternidad - junto a los nuevos valores culturales o a la nueva racionalidad comunicativa - según gusta decir Habermas.

Una cosa es criticar políticamente a la modernidad y empezar en lo cotidiano a construir una sociedad inspirada en un nuevo paradigma; pero otra muy distinta es hacer hoy igual que lo que en su época hizo la modernidad con el mundo medieval, instaurar una leyenda negra sobre la misma.

Es indudable que todas las creaciones tecnológicas y valóricas, por ejemplo, que impulsaron los hombres y mujeres inspirados en la racionalidad moderna fueron hechas para paliar el sufrimiento humano: desde sus innovaciones productivas en alimentos y sus innovaciones científicas y tecnológicas en la salud, hasta sus aspiraciones a la felicidad; todas buscaban aminorar nuestro dolor. Pero estas creaciones, miradas hoy en perspectiva, por las falencias históricas de su propio paradigma, resultaron ser desadaptadas a las necesarias concordancias intra-especies y a la concordancia entre cultura humana y medio ambiente.

Con todo, hoy enfrentados a la complejidad de las opciones que como especie se nos presentan en la actual bifurcación, es ineludible también heredar la sabiduría distintiva de la modernidad: rehacer sus inventos, corregirlos y adecuarlos a la nueva sabiduría emergente; rehacer su red económico-productivo (que ha sido una potente asociación intra-humanidad), claro que ahora inspirada por los valores del nuevo paradigma social. La conservación de lo mejor de su experiencia e innovaciones serán fundamentales en el desafío creativo por darnos continuidad como especie.

## **Las opciones en la actual bifurcación**

La Historia, como siempre, esta abierta y la hacemos nosotros.

La crisis es profunda y de una gravedad que nos amenaza desde nuestras propias prácticas. La actual aceleración de la Historia nos obliga a

aguzar nuestra creatividad. No queremos desaparecer como especie, pero sabemos que si continuamos así, desbocados en esta locomotora, desaparecemos todos. Ese norte entonces es indeseado.

Sin embargo, igual continuamos con el mundo tal cual como hoy lo administra la sensibilidad tecnócrata intra-modernidad. Esto es continuar con el mismo "modelo de desarrollo" y que nuevos descubrimientos tecnológicos nos permitan superar la crisis ambiental. Este escenario es favorecido por una actitud socialmente y pasiva, y se articula, conciente o inconcientemente, con la demanda de políticas autoritarias que vengan a normar los riesgos de la sobrepoblación y de la amenaza de los pobres y los bárbaros. Este escenario presupone emigrar tecnológicamente a otros sistemas planetarios, dejando como un desierto erizado a nuestra Tierra. Esa arrogante suposición es la que instrumentaliza a la maravillosa aventura que hoy se puede abrir a la especie humana a través de su expansión integrativa hacia el cosmos. Sin duda, que es un bello sueño alcanzar a las estrellas; pero es una irresponsabilidad creer que emigraremos sacrificando lo más íntimo de nuestra biología. Esa irresponsabilidad es resultado, una vez más, de la ilusión moderna de nuestra "autonomía" afectiva, biológica y cultural. En fin, este escenario aparece como inviable en el corto plazo, ya que no asume el carácter unilateralmente expansivo y destructiva de la actual lógica económica del crecimiento y, tampoco asume, su imposibilidad de manejar las tensiones sociales de las megapolis y de las migraciones interregiones.

Otro escenario posible, que de alguna manera ya vivimos y también es indeseado, es el de destrucciones parciales, tanto ambientales, como tecnológicas, sociales o causadas por enfermedades. Estas destrucciones horadarían nuestro modo de vida occidental moderno y podrían terminar causando una regresión en la cultura material de la especie. En este escenario desaparece una parte cuantitativamente importante de la población humana.

Otro escenario es un proceso creciente de hegemonía del nuevo paradigma social, una profundización humanista y ecológica, que, aunque con tensiones, a la larga pautará una transición epocal que abra un nuevo cauce a la Historia. Este escenario es el más sereno y el más deseado; pero no es nada fácil, ante el inmenso poder -inédito en la Historia- y la soberbia de los adalides de la Modernidad Realmente Existente, y ante la normal inercia de las instituciones históricas y de nuestras prácticas. El actual sistema económico y valórico opera como una red, de ahí las dificultades en la aplicación de cambios parciales -aunque no por ello son menos importantes y necesarios, pues son los que van enredando el cambio global-.

Otro escenario, de más larga duración, es el que sugiere Humberto Maturana con su mirada de biólogo y estudioso de los modos de vida de los

organismos y de las culturas: "Las extinciones de las especies siempre han sido por la pérdida de concordancia ecológica", afirma. Muchas especies se han extinguido, otras se han bifurcado en dos o más especies, y algunas de las especies bifurcadas han desaparecido y otras han permanecido. Así incluso debe haber ocurrido entre los antecedentes perdidos de la propia especie humana.

En la historia de los seres vivos y en la configuración de las especies "las relaciones que se conservan en un sistema pueden cambiar. Las especies se construyen en la confirmación reproductiva de un modo de vida que se conserva. Hoy hay dos modos posibles de vivir el ser Homo Sapiens. Uno es el ser HS Amoroso y el otro es el HS Técnico, que sobrevalora la técnica y el dominio. Entonces dependiendo de cómo vivamos podemos conservar el HS Amoroso o el HS Técnico. Y cada uno de ellos va a dar origen a un linaje de Homo Sapiens distinto, que va a configurar culturas radicalmente diferentes y, por lo tanto, distintos destinos posibles para la humanidad. En estos momentos co-existen estas formas de vida en varias partes" (15).

Este escenario, el más complejo y sugerente, obviamente presupone la interdicción y coexistencia histórica de algunos de los otros escenarios. Tampoco soslaya que el HS Técnico, con énfasis en un modo de vida guerrero y competitivo, pueda actuar, como lo ha venido haciendo, destructivamente antes que el otro. Pero Maturana confía en el HS Amoroso, el que, por no estar centrado en la guerra, no la ejercerá -en consecuencia no hay debilidad-. Además, confía en que la condición de HS Amoroso "aún es central en la formación humana: es el motivo básico por el cual a muchos nos preocupa la educación, lo ecológico, la pobreza y nos conmueven los animales".

La Historia esta abierta. Estos escenarios son sólo hipótesis. Lo único cierto, en palabras del poeta William Blake, es: "Imaginación de ayer, evidencia de hoy". O bien, dicho con las bellas palabras que Gabriel García Márquez dirigió a la nueva generación de líderes mundiales: "Recuerden que las cosas de este mundo, desde los trasplantes del corazón hasta los cuartetos de Ludwig Van Beethoven, estuvieron en la mente de sus creadores antes de instalarse en la realidad" (16).

## **Una alfabetización ecológica para la complejidad cultural del presente**

Vivenciar personalmente un sentido en la actual encrucijada en el devenir del Viaje, requiere asumir la complejidad cultural del presente.

Hoy desde la Ciencia de Occidente surgen un conjunto de orientaciones para asumir creativamente esta complejidad. Resumamos algunas (17).

La Tierra se autogenera en red. Entonces debemos asumir en nuestro modo de vida la concordancia ecológica de todos los organismos en el interior de la biósfera. Es imprescindible nuestra reciprocidad con todos los otros seres vivos para reconstruir la comunidad de la Tierra.

La Tierra es auto-propagativa. La vida se propaga a cada segundo. Como hemos generado nuestra propia dinámica de auto-propagación a través de la cultura, entonces es pertinente preguntarnos: ¿Cuántos humanos podemos vivir en este planeta? Debemos regular nuestra explosión demográfica y no seguir con un crecimiento ciego, de plaga. Nos tenemos que auto-propagar en equilibrio con las otras dinámicas de auto-propagación.

Otra cualidad de la Tierra es la auto-emergencia. En la Tierra emergen permanentemente nuevas estructuras y organización. Por ejemplo, nosotros como especie humana expresamos nuestro emerger a través de nuestra cultura material: tecnologías, ciudades, etcétera. Entonces, todas estas tecnologías - nuestra emergencia- en el futuro debe ser adaptada a las "tecnologías" de la propia Tierra: por ejemplo, cómo generar energía renovable, hacer ciudades verdes, etcétera.

Otra dinámica de la Tierra es ser auto-generativa o auto-nutriente. Nuestra cultura se ha nutrido históricamente con la agricultura y con la manufactura. Pero al hacerlo sin concordancia ecológica (durante 5.000 años) hemos eliminado prácticamente todo el suelo de buena calidad y contaminado a las aguas y la atmósfera como si hubiese operado un "invierno nuclear". Hoy debemos re-asumir la bio-región, usar los recursos renovables que puedan ser recuperados por la propia región y los no renovables deben ser reciclados en un 100%. Los desechos no pueden ser más que los que la bio-región pueda absorber. ¡Qué desafío para la creatividad! ¿Cómo hacer una comunidad biótica auto-nutriente que nos incluya como humanos?, cuando nuestra organización económica presupone primero el uso, luego la depreciación y finalmente el agotamiento de los recursos naturales, alienados aún como estamos en el consumismo y la no-durabilidad de los bienes.

La Tierra se autogobierna. En un bioma cada especie tiene un rol. En cambio nuestro estilo de gobierno ha sido vertical, negándonos entre nosotros y a las otras especies el derecho a tener su propio hábitat. La idea de la soberanía de los Estados nacionales hoy esta terminando, así lo indican las redes económicas mundiales, las nuevas leyes globales y la circulación planetaria de símbolos. El actual desafío político es transitar a un sistema planetario que sea geo-regulador: de una economía mundial ecológica, de las diferencias culturales y del comercio de armas y de los tóxicos. Y, a la vez, debemos re-establecer las comunidades humanas a escala bio-regional.

Debemos experimentar íntimamente lo que hoy sabemos del Universo. Este tiende a la expansión y diferenciación, por eso debemos amar nuestra especificidad y elegir nuestra misión propia. Este tiende a la subjetividad, por eso debemos aguzar nuestra sensibilidad y profundidad para un Re-ligare con el Universo. Este tiende a la integración y comunión, por eso el despliegue de nuestro sentido de pertenencia a la familia, a la cultura, a la Tierra, a las generaciones pasadas y a las que vendrán.

Si comprendemos a los ecosistemas como "redes autopoiésicas" (Maturana y Varela) y "estructuras disipativas" (Ilya Prigogine), tenemos que asumir en nuestra acción la interdependencia ecológica, es decir las relaciones entre todos sus miembros. Asumir la naturaleza cíclica de los procesos y, en consecuencia, el reciclaje -el ecosistema como un todo no produce desperdicios-. Asumir la asociación como una de las características distintivas de la vida. Asumir el principio de flexibilidad en la resolución de los conflictos intra-sistema. Y asumir el papel de la diversidad que hace más resistente a los ecosistemas y lo mismo a las sociedades humanas, siempre y cuando se trate de comunidades humanas sostenidas por una red de relaciones y no de comunidades fragmentadas.

Finalmente, la teoría de Transformación Cultural de Riane Eisler enfatiza "que, en períodos de desintegración social o desequilibrio extremo de los sistemas -como ocurre en el actual cambio epocal-, "existe una oportunidad para el cambio socio-ideológico transformativo... (pero) así, como para la bifurcación de cualquier otro sistema se requiere más que desequilibrio, para que emerja una organización social diferente se necesitan suficientes nódulos de cambio transformativo para crear, en el lenguaje de la dinámica no-líneal, una nueva atracción que -mientras fluye el sistema- lo reconstituya en una nueva configuración básica" (18).

En efecto, en el presente histórico hay nuevos atractores y aumentan los nódulos de cambio transformativo. Y en esta complejidad radica también la complejidad del presente, que se nos aparece tan distinto y tan lejano a los conflictos que nos orientaron en la ya antigua época moderna.

Las nuevas sensibilidades se están constituyendo a partir de polaridades conflictivas o matices que vivencian las personas en relación a los nuevos - y viejos - temas culturales. Por ahora sólo enumeremos, como si fueran interrogantes abiertas, algunos ejemplos:

Primero, en la actitud que se tome ante la crisis ambiental. Ya sea oponiéndose o no oponiéndose a un crecimiento económico ilimitado y a un progreso material irresponsable e irreflexivo.

Segundo, en la aceptación real o no de la diversidad cultural, étnica y sexual.

Tercero, en la actitud que asumamos ante la bioética. Ya sea problematizando o no al irresponsable juego demiúrgico con la biotecnología y el comercio transgénico que vienen efectuando las empresas transnacionales de la salud y de la alimentación, dejando en una inquietante encrucijada de sobrevivencia a toda la especie.

Cuarto, en el curso que deberá seguir el inevitable proceso de planetarización. Ya sea promoviendo la unidad valórica de la especie en su diversidad cultural y promoviendo instituciones globales que respeten los derechos humanos y cautelen la sustentabilidad ambiental del planeta, o bien aceptando acríticamente la "macdonalización" cultural del mundo y haciendo de la globalización sólo una realidad económica controlada por las transnacionales.

Quinto, en la actitud que asumamos ante el drama mundial y local de la pobreza. Ya sea promoviendo el valor de la solidaridad, la redistribución y la justicia social, o bien cerrando los ojos o incentivando el unilateral crecimiento económico y el supuesto chorreo.

Sexto, en la actitud ante el cambio cultural en curso en nuestra vida más íntima y cotidiana. Ya sea dejándonos seducir por el nuevo rol de la mujer y de la nueva masculinidad, o bien mirándolos a ambos de soslayo y con sospecha.

Séptimo, en la actitud ante la explosión demográfica. Ya sea imaginando y aplicando medidas para el control de la sobrepoblación, o bien sin opinión ante una eventual saturación por la presencia inmanejable de la plaga más depredadora de la biósfera.

Octavo, en la valoración e incentivo social del cambio personal, de las terapias y las nuevas espiritualidades para reencantar a la vida cotidiana, o bien condenándolas con una burda descalificación.

Noveno, en la actitud que asumamos en la política democrática. Ya sea en la promoción de la democracia participativa con una ciudadanía empoderada, libre e informada e impulsando la descentralización real y la entrega de responsabilidades democráticas a las localidades y regiones, o bien imponiendo límites a la auto-regulación de las mayorías, con el pretexto de la supuesta preeminencia de la "democracia natural" del mercado.

Décimo, en la actitud que asumamos ante la realidad de los medios de comunicación. Ya sea en la incorporación creativa y extensiva -en pos de una nueva "alfabetización"- a las nuevas tecnologías de la comunicación que hoy a todos nos permiten generar sentidos, ya no sólo con la palabra y el gesto

interpersonal, o bien coartando, censurando, o privatizando en muy pocas manos hasta la más íntima y humana posibilidad de decir.

Décimo primero, en la defensa de los derechos de los consumidores, de los niños y de otros grupos etéreos, o bien en sus limitaciones, omisión o despreocupación.

Décimo segundo, en el nuevo rol de la empresa privada, del mercado, del Estado regulador y en la valoración del Tercer Sector productivo y asociativo, solidario y sin fines de lucro que surge en la sociedad civil, o bien fetichizando al todopoderoso "mercado" que hoy más parece un "neo Estado orwelliano" que protege el reino del consumo pre-programado por unas pocas empresas oligopólicas y transnacionales.

Décimo tercero, en la actitud que asumamos ante la ética. Ya sea reflexionando y viviendo una nueva ética de la coherencia entre el decir y el hacer en la vida cotidiana, o bien auto-mintiéndose día a día con una moral esquizofrénica que separa lo público y lo privado, el decir y el hacer.

Décimo cuarto, en la actitud que asumamos ante el cambio y la conservación. Ya sea buscando un equilibrio entre expansión e integración, entre cambio y conservación en todo nuestro quehacer humano, o bien fascinados acríticamente con el cambio por el cambio, con la novedad por la novedad, en una ceguera de última hora que no mira el carácter destructivo de la modernidad.

¡Son tantos y tan complejos los nuevos temas y desafíos que surgen ante los ojos sorprendidos y confundidos de hombres y mujeres que asistimos a esta encrucijada que es el cambio epocal! Es cierto, estamos confundidos; de ahí que muchas veces las actitudes antes estos temas varíen incluso aún contradictoriamente en una misma persona.

En este cambio de época, igual que ayer en la transición desde la Edad Media a la Modernidad, "todo lo sólido se desvanece en el aire" -otra vez según la feliz expresión del viejo Carlos Marx-. Sin embargo, cuando lo sólido se desvanece, lo hace gestando otro aire. Y tal vez el secreto - o el simple nexo con la Historia y lo cósmico - consiste en tener los ojos y los oídos bien abiertos para descubrir y construir creativamente las nuevas brújulas que nos orienten en el aire nuevo.

En la actual encrucijada de nuestro Viaje, el desafío personal es asumir un bello y sereno gesto de rebeldía ante lo existente cuando nuestra conciencia y coherencia vital lo considera injusto, inviable e invivible. Ese gesto es una actitud ética que asumió la especie desde sus orígenes. Ayer, cada vez que nos

desequilibrabamos hacia la destrucción, nos reinventábamos, nos reconstruíamos.

Por eso, es mi convicción -y deseo- que el siglo 21 será ecológico, será masculino y femenino, será plural y diverso, será planetariamente fraterno, será socialmente justo, será espiritualmente misterioso y encantado, será económicamente sustentable, o no será.

En un deseado futuro así, renacerán una vez más nuestros dolores y alegrías, la belleza y la fealdad, el misterio y la certeza, habrán otras infelicidades y felicidades, y la fuerza del bien y el mal también impregnará con su energía a nuestros organismos.

Pero todo eso, tal vez ocurrirá en otro mundo, auto-haciéndonos en un nuevo modo de vida. Joseph Campbell, en el prólogo de su notable libro primero sobre "Las Mascaras de Dios", ha intuido hermosamente el sino más íntimo de nuestro Viaje: "La unidad de la raza humana, no sólo en su historia biológica, sino también en la espiritual, que por doquier se ha desarrollado a la manera de una única sinfonía, con sus temas anunciados, desarrollados, ampliados y retomados, deformados, reafirmados, y que hoy día, en un gran fortissimo con todas las secciones tocando a la vez, avanza irresistiblemente hacia una especie de poderoso climáx; del cual ha de surgir el próximo gran movimiento. Y no creo razón alguna para que se pueda suponer que los mismos motivos acabados de escuchar no se oirán otra vez en el futuro, en una nuevas relaciones, por supuesto, pero siempre los mismos motivos".

\* Este texto corresponde al libro y documental El Viaje en el Uro Aruma, escrito en 1997.

Notas:

1 y 2) Pensadores tan diversos como Gregory Bateson, Alvin Tofler, Jean Baudrillard, Morris Berman, Edgar Morin, Jurgen Habermas, James Riedfeld, Brian Swimme, Humberto Maturana, Tomas Berry, Fritjof Capra, Peter Drucker, Taichi Sakaya, Lester Thurow, Ilya Prigogine, entre muchos otros, hablan de un cambio épocal y, en consecuencia, del término de la época moderna transitando a una sociedad pos-industrial, pos-moderna, pos-capitalista, hacia una Nueva Era, etcétera.

3) Es una tendencia entre geólogos de Harvard que dicen que estamos asistiendo al sexto espasmo de extinción en la historia de la Vida. Al respecto ver en este mismo libro la

conversación con David Molineaux.

4) Ver libro "Reconciliación con la Tierra", Ed Cuatro Vientos. Un diálogo teológico entre Thomas Berry (c.p) y Thomas Clarke (s.j), 1997.

5) "La Más Bella Historia del Mundo" Ed. Andrés Bello. Dominique Simonnet conversa con Hubert Reeves, astrofísico; Joel de Rosnay, biólogo, e Ives Coppens, antropólogo, 1997.

6) "El Arbol del Conocimiento" Ed. Universitaria, Humberto Maturana y Francisco Varela. 1984.

7) "La Trama de la Vida" Ed. Anagrama, Fritjof Capra, 1996.

8) "Ultimas Noticias del Cosmos" Ed Andrés Bello, Hubert Reeves, 1996.

9) "El Fin del Trabajo" Ed. Paidos, Jeremy Rifkin, 1997.

10) Idem nota 7.

11) "El Universo es un Dragón Verde" Ed. Sello Azul, Brian Swimme, 1997.

12) "Artes y Letras", El Mercurio, domingo 21 de marzo de 1999.

13) Idem nota 7 y 10.

14) Idem nota 9.

15) "Bolero de Almas: Conversaciones de Fin del siglo con Viejos-Sabios". Hernán Dinamarca. Ed Lom, 1996.

16) Discurso de Gabriel García Márquez en "Conferencia de nuevos líderes mundiales", organizada por el Banco Interamericano de Desarrollo, en 1999.

17) Muchas de estas ideas sobre a la alfabetización ecológica han sido tomadas de Brian Swimme, en su curso "Cantico al Cosmos", y de Fritjof Capra en su obra "La Trama de la Vida".

18) "El Placer Sagrado", Tomo 2. Ed Cuatro Vientos. Riane Eisler, 1998.